



TALUD

Yuri Herrera

TEXTOS en
RO
TA
CIÓN

La colección **Textos en Rotación** espera facilitar los encuentros, en algún punto de la espiral, entre autores y lectores de diversas épocas y géneros discursivos, cuyo epicentro sea el corazón vibrante de la obra escrita.



ISBN: 978-607-30-8323-2



YURI HERRERA (Actopan, Hidalgo, 1970). Trabajó en la Filmoteca de la UNAM. También se ha desempeñado en publicidad, investigación social y en la docencia. Es licenciado en Ciencias Políticas por la UNAM, maestro en Creación Literaria por la Universidad de Texas en El Paso, y doctor en Lengua y Literatura Hispánica por la Universidad de California en Berkeley. Ha publicado los libros para niños *¡Éste es mi nahual!* y *Los ojos de Lía*. Fue ganador del Premio Binacional de Novela 2003 con *Trabajos del reino*, publicada en Tierra Adentro. En 2009 ganó con esta misma obra (ahora editada en Europa por editorial Periférica) el Premio Otras Voces, Otros Ámbitos a la mejor novela publicada en España en 2008. En 2009 publicó *Señales que precederán al fin del mundo*, que en 2011 resultó finalista del Premio Rómulo Gallegos. En 2013 publicó, también en Periférica, *La transmigración de los cuerpos*. Las tres novelas han sido traducidas a varias lenguas. En 2016 ganó el Premio Anna Seghers en Alemania por el conjunto de su obra. Asimismo, la traducción de Lisa Dillman para *Señales que precederán al fin del mundo* ganó el Best Translated Book Award de Estados Unidos. Ha sido profesor de Narrativa y de Teoría Literaria en varias universidades de México, Francia y la Unión Americana. Fue editor fundador de la revista literaria *El Perro*. Sus libros más recientes son *El incendio de la mina El Bordo*, la colección de cuentos de ciencia ficción *Diez planetas*, y la novela *La estación del pantano*. Actualmente vive en Nueva Orleans, donde da clases de literatura hispanoamericana en la Universidad de Tulane. Es uno de los escritores mexicanos más destacados de las últimas décadas.

~ *Talud* ~

Herrera, Yuri. *Talud*; - México: UNAM, CCH, 2024, 88 pp.

(Colección Textos en Rotación).

ISBN volumen: 978-607-30-8323-2

ISBN obra completa: 978-607-30-3281-0

Primera edición: enero de 2024.

D.R. © UNAM 2024 Universidad Nacional Autónoma de México,
Ciudad Universitaria. Alcaldía Coyoacán, C.P. 04510, CDMX.

Edición no venal

ISBN volumen: 978-607-30-8323-2

ISBN obra completa: 978-607-30-3281-0

Esta edición y sus características son propiedad de la UNAM.

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, sin
la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México - *Printed in Mexico*.

YURI HERRERA

TALUD

TEXTOS ^{en} RO
TA
CIÓN



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
ESCUELA NACIONAL COLEGIO DE CIENCIAS Y HUMANIDADES

Índice

| | |
|--------------------------------------|----|
| Proemio | 9 |
| Aztlán, D.C. | 17 |
| El origen de las especies | 23 |
| El hilo de tu voz | 29 |
| Las llaves secretas del Corazón | 37 |
| Por el poder investido en mí | 42 |
| Los otros | 49 |
| Augurios | 54 |
| El lúser | 58 |
| Los andamios paralelos | 62 |
| Poema de las formas intermoleculares | 67 |
| Alegoría de la Biblioteca | 71 |
| La fiesta del sábado | 77 |

Proemio

Las obras escritas representan la memoria viva de las civilizaciones. La ciencia, el arte y la cultura se han convertido, a lo largo del tiempo, en tesoros invaluable que los libros custodian, para provecho de los lectores futuros.

Las grandes revoluciones sociales o culturales han tenido en los libros la chispa originaria de su alborear y también de su caída porque, al parecer, todo cuanto somos y hacemos son hechos del lenguaje, pues el lenguaje marca el comienzo de la existencia del *Homo sapiens*; del hombre que piensa, mediante la palabra o el *logos* de los griegos.

Así, la lectura y la escritura son principios civilizadores por excelencia. En ellas recae la posibilidad de reforzar el pensamiento, pulir las emociones y adquirir nuevos saberes en cualquier esfera de la acción humana. Leer y escribir son habilidades transversales de las ciencias naturales, sociales y humanísticas. Leer y escribir no son faenas adicionales al periplo del hombre y la mujer a lo largo de su vida, sino contenidos vivibles que proveen de sentido a su propia existencia.

La colección **Textos en Rotación** espera facilitar los encuentros, en algún punto de la espiral, entre autores y lectores de diversas épocas y géneros discursivos, cuyo epicentro sea el corazón vibrante de la obra escrita.

Dr. Benjamín Barajas Sánchez

DIRECTOR GENERAL DE LA ESCUELA NACIONAL
COLEGIO DE CIENCIAS Y HUMANIDADES

TALUD

El más antiguo de estos cuentos es “Alegoría de la Biblioteca”, cuya primera versión escribí en Pachuca a los diecisiete pero tuvo lectores hasta la segunda, cuando ya había cumplido dieciocho. El más reciente es “Poema de las formas intermoleculares”, que escribí en Nueva Orleans hace unos años. “Los andamios paralelos” es la escritura de algunas angustias sobre la superficie de otras angustias más famosas. Y “Augurios” está inspirado en Felipe El Pequeño, aunque podría haber sido inspirado por su sucesor o por su antecesor en la sillita. Fuera de ese, ningún personaje tiene como su modelo a una persona concreta.

Todos estos cuentos han sido publicados en periódicos o revistas, varios en más de una ocasión. A cada una de las personas que decidió acogerlos en sus páginas le estoy profundamente agradecido.

YURI HERRERA

Para Tori

Aztlán, D.C.



¿Cómo será pensar en mexicano?, se preguntó el último día de su último mandato el último presidente gringo.

Podía sentir a la muchedumbre ahí afuera. No parecía muy diferente de cómo habían sido las muchedumbres americanas; acaso era menos blanca. Y más trivial. La ausencia de solemnidad lo desconcertaba. Podía adivinar su sorna, la de un par de intrusos que se han colado a una celebración y ponen cara de circunstancias mientras el anfitrión da la bienvenida, pero en realidad se pitorrean por dentro, y sólo esperan que pase el momento chabacano para atacar los bocadillos.

El Presidente ya no sabía cómo era América. Cómo se pronunciaba ese paisaje, cómo se concertaba el mundo. Las cosas, las mismas con las que había crecido y a las que había gobernado, ya eran otras, hacían cosas distintas. En su última gira por el medio oeste había agitado un sombrero en el aire mientras gritaba: “*Hooray America!*”. Y la gente se había doblado de la risa, como cuando en *sus tiempos* la gente se reía de los recién llegados que le hacían la parada al metro. América era un lugar extraño.

Y cómo sería Pensar en Mexicano, mierda. El misterio le devanaba la mañana.

Lo habían engañado, a él, a las instituciones, a la historia. Primero parecieron adaptarse tan bien. Habían ido a pelear sus guerras y se habían conformado cuando luego ni en las épicas de pantalla ni en los discursos aparecieron; silenciosos, incluso agradecidos de que los dejaran trabajar las cocinas, vender flores, fregar pisos. Tampoco habían protestado cuando se convirtió su comida en chatarra para hacerla más expedita. Eran el sueño de cualquier imperio, maldita sea. Se suponía que no iban a ser más que aquello que redondea las esquinas, aquello que resuelve los pormenores insignificantes y luego se oculta; pero pronto fueron tantos los pormenores, tantos detallitos proliferando, que dejó de reconocerse el centro y la textura de esa gente se convirtió en El Asunto de América.

¿Cuándo había empezado esto?, pensó. Imposible saberlo. Por un largo período habían sido tan omnipresentes como insignificantes, hasta que la frase que nos causaba tanta gracia, tanta que la repetíamos como imitando a un niño, ya había tomado otro cariz: Mi casa es tu casa. Já.

Después se habían sucedido una serie de acontecimientos que debían haberlos hecho reaccionar: un tipo que apenas heredó los billones de su padre, célebre creador de *software*, los había dado a su nana mexicana; en las compañías fabricantes de armas hubo un incremento de asesores mexicanos que siempre estaban

espantosamente bien informados; jueces de la Suprema Corte iban a todas partes seguidos de un secretario mexicano... Lo que no parecía cambiar, oh, América, era el sistema democrático. Los *spics* no habían dado muestras de que les interesara, fuera de dos o tres de ellos que calentaban su asiento en la Cámara de Representantes. Hasta que pasó lo de San Francisco. Entonces sí aparecieron los mexicanos en las urnas.

Al principio no se vio más que como una especie de *performance* colectivo, sumamente *cool* por supuesto: un supervisor local introdujo en las elecciones de ese año la propuesta M: ante la imposición por parte del gobierno federal de la teoría creacionista en las escuelas primarias, la Ciudad de San Francisco propuso a sus ciudadanos convertirse en protectorado mexicano. ¡Oh, cómo se habían divertido ese verano! Los sarapes se vendieron masivamente y nunca se bebió más tequila en los bares. Pero el día de la votación se vio a hordas de mexicanos haciendo fila, gente que estaba registrada mas nunca antes había tomado en serio el proceso. Los científicos posteriormente han tratado de explicar el fenómeno sin mucho éxito, aunque han podido describirlo: un día, clic, ese día, algo había movido el interruptor de los mexicanos, aún de los que no sabían que eran mexicanos, o de los que no querían ser mexicanos (de segunda, de tercera, de cuarta generación *americana*), e hicieron conciencia del propósito. El periplo generacional tenía sentido, ahora lo veían, y estaban muy claros los pasos a seguir. Se empezó a hablar abiertamente

del fin de una época y el principio de otra. El nuevo sol, decían algunos.

Antes de que los gringos pudieran reaccionar, San Antonio, Los Ángeles y hasta Nueva York habían pasado resoluciones similares. “Nada va a cambiar”, aseguraban los dirigentes de la Coalición Pocha con ánimo tranquilizador, “América seguirá siendo América, sólo que con más memoria”. El gobierno mexicano se hundía en el desconcierto al otro lado del río, hasta que la Coalición envió asesores a indicarle que sólo tenía que hacer lo que mejor sabía: esperar.

Las instituciones fueron muy lentas para reaccionar o quizá es que la lentitud era la única pulsión con sentido; y las pocas protestas fueron reprimidas puntualmente en aras de la tranquilidad social. Los gringos estaban cansados. Lo que terminó de convencerlos fue cómo, cuando los mexicanos tomaron control del Congreso, habían resuelto el problema del terrorismo con una solución a la vez muy simple y muy mexicana.*1

Agobiado por el recuento, el Presidente se recargó sobre el escritorio con las palmas abiertas, mirando hacia la anteriormente llamada avenida Pennsylvania, pero dejó de hacerlo al percatarse de que estaba repitiendo el gesto de Kennedy cuando el sainete de los misiles. Patético. Soy patético, se dijo, mala copia de una idea muerta.

*1 *Cfr.* Almanaque de estampas mexicanas ¡A Color!

Y ahora por fin se terminaba. Habían ganado las elecciones, y aunque aparentaban tomarse las cosas sin euforia, sin ánimo vengativo, de vez en cuando hacían saber qué tan dueños eran ya de la casa. Apenas unos días antes el candidato triunfante le había enviado un estuche con un par de cuchillos de obsidiana y una nota: “Siempre dijeron que nosotros éramos puro corazón, ¿no? ¡Estaban tan en lo correcto! ¿Sería tan amable de mandarme el suyo?”. Y debajo de esa nota había otra que decía: “¡Sólo bromeo!”. Ja, ja.

No es que ya no estuvieran a cargo, se dijo el Presidente, es que, en realidad, ya no existían. ¿Qué era un americano sin poder, sin espacio vital? ¿Qué sin certezas?...

¿Cómo será pensar en mexicano?, se volvió a preguntar, con una sensación de extravío.

Un ayudante le avisó que el presidente electo había llegado. Quería conocer su oficina antes de la toma de posesión. “Hágalo pasar”, dijo el Presidente, pero el otro ya se introducía sin que se lo indicaran. Empujó con su silla eléctrica la puerta y la detuvo una vez que estuvo dos metros adentro de la oficina oval. En silencio, el mexicano recorrió con la mirada el cuarto. Sólo se escuchaba intermitentemente el sonido del motorcito cuando el mexicano giraba la silla con el mentón para apreciar mejor algún detalle. El Presidente observó una vez más a ese hombre contrahecho, breve. Miró su cara minuciosamente tatuada. Pensó que su propia cara debía denotar tristeza, amargura y, finalmente,

cansancio; pero no podía adivinar qué trajinaba detrás del lienzo animado que era el rostro del mexicano. Deseó que, en este momento, aquel le concediera la dignidad de no repetir eso que había dicho durante la campaña: “Quizá debamos empezar por encontrarle a este país un nombre de verdad”.

Al cabo de un tiempo que nadie se preocupó por medir, el mexicano finalmente detuvo su mirada en el Presidente, con curiosidad, como si acabara de descubrir que estaba ahí. Con un ligero movimiento de cabeza le indicó que mirara hacia las cortinas y dijo: “*Bien entendu, on aura besoin de satin pour ces rideaux*”.

El origen de las especies



—No voy a estar encerrado.

—No.

—Y no voy a estar a tiro.

—Así es.

—Y voy a tener una nueva identidad.

—Sí.

Se volvió hacia el metro y medio de tubos, colchón y buró en el que se pudría desde el arresto. Más que el catre o el bulbo con manchas hepáticas colgando del techo, lo que más lo deprimía era la elaborada carpetita de plástico sobre el buró. Por el rabillo del ojo pudo ver de nuevo la sonrisa torva que ponía el agente Félix cuando no lo miraban de frente: como si desapareciera todo él y sólo quedaran sus colmillos afilados y brillantes resplandeciendo ante el sufrimiento del mundo. Aún así, pensó, qué tanto más podían humillarlo.

—Vamos pues —decidió—. Que sea lo que tenga que ser.

El agente Félix le ordenó arrejuntar sus cosas, pasaría por él en la mañana para llevarlo a su nuevo alojamiento y de ahí a su nuevo trabajo. Tardó un minuto en meter

en una bolsa los tres pares de calcetines y las dos camisetas que le había traído aquél tras detenerlo. No es que antes tuviera mucho; tenía información, pero cuando les dio eso se había quedado sin nada.

Apagó el foco pero tardó mucho en quedarse dormido: pensaba y pensaba en qué nombre le darían, a qué ciudad lo mudarían; y en sentir el sol en la cara después de tanto encierro.

Por la mañana vino el agente Félix a recogerlo.

Sólo ahora descubrió que el cuarto donde semanas atrás lo habían llevado con la cabeza cubierta estaba en un hotelucho de nombre “El recelo”. Consideró un buen augurio que ya no le cubrieran los ojos. Pero lo desmintió la visión de su nuevo domicilio: un edificio tan decrepito como el otro, sólo que sin cartel que prestigiara su fachada. Era tan de poca monta para ellos ahora que ni siquiera lo habían mudado de ciudad.

El agente Félix lo escoltó a su habitación en el tercer —y último— piso. Era una habitación apenas un poco más grande y un poco menos oscura que la última. Sobre la cama reposaba el cuerpo exánime de un animal enorme. Dio dos pasos hacia él pero antes de que pudiera preguntar nada el agente Félix dijo:

—Vístete. No vas a llegar tarde en tu primer día —y cerró la puerta.

Se acercó. Era un disfraz de oso, con garras creíbles pero cabeza de caricatura, redonda, esponjosa, labios rosados y estúpidamente alegres. Partes del peluche estaban mengambreadas de sepa qué dulce o qué baba

pretérita. Sintió una inyección de adrenalina rogando *Escápate de cualquier manera*, pero desapareció con el manotazo del agente Félix en la puerta: “¡Es para hoy!”.

Se puso el disfraz. Olía a polvo y a sudor, pero no ese sudor de cuando el cuerpo se agota con otro, sino un sudor que era como la secreción de algo que chirriara. Metió su cabeza en la cabeza de peluche y sintió que el aire se espesaba. En vez de resistirse, aspiró profundamente y salió. Lo más notable al empezar a caminar dentro de la botarga no fue que se sintiera ridículo, sino que se sintió en verdad seguro, de una manera que lo entristecía mucho.

Afuera esperaba una van. Y dentro de la van, cinco animales sentados. Un panda, una ardilla, un tigre, un elefante y un pato. En silencio. Subió. Nadie dijo nada durante el trayecto. El Panda, en el asiento del pasajero, se volvió a mirarlo un par de ocasiones. Su cabezota también tenía labios rojos y también se veía contento. O contenta. El Tigre, a sus espaldas, se sorbía los mocos cada tanto. Una vez que llegaron, el agente Félix abrió la puerta y dijo:

—Un día más en el paraíso, criaturitas del señor.

Dejó salir a los otros pero antes de que él bajara le dijo:

—No te quitas el traje en todo el día. Si quieres comer, ahí tienes un cierre arriba, si quieres mear, ahí tienes un cierre abajo. Y no hay ninguna pinche razón para que les dirijas la palabra a los demás. ¿Entendido? —salió de la van sin esperar respuesta y luego, con un gesto dramático y esa sonrisa de puros colmillos, dijo—: Corre, muchacho, eres libre.

Era un jardín de fiestas enorme, con albercas para los adultos y chapoteaderos para los niños, juegos mecánicos para unos y barra libre para los otros, canchitas de tartán, pantallotas de plasma, prados absurdamente podados al ras y lonas para refugiarse del sol.

Su labor principal, de él y los otros, era pasear entre las carpas, ayudar a los escuincles a subirse a los juegos y cuidar que no se rompieran la cara. Pero también debían celebrar a los clientitos cuando hacían alguna gracia. Y aguantar patadas y jaloneos sin queja.

En algún momento de la mañana levantó la vista y observó a sus colegas dando esos pasos torpes como de bestia a punto de caer; lo excitó la idea de abrir un cierre para romper la prohibición de comunicarse. Imaginó una orgía interespecies como una forma de desquite al terminar la jornada: el Panda montando al Tigre, o la Panda a la Tigresa, quién sabe, el Elefante y la Ardilla en un sesenta y nueve largamente obstaculizado por la evolución; nada más los sexos al aire libre y sólo rugidos y chillidos y barritar. Se descubrió tocándose la verga por encima del traje hasta que dos niños apuntándole con un dedo le reventaron el ensimismamiento.

Lo salvó el grito de una niña que se cayó de las barras simétricas. Se acercó el “coordinador de mascotas” y les dijo que pusieran mucha atención, no quería ver más clientes lastimados. Anduvo con las orejas alzadas y la nariz alerta por un rato, luego fue a mear.

Afuera del baño de las mascotas encontró a una señora muy maquillada y muy formal empinándose una

botellita de coñac. La señora lo observó un momento, pero fue casi un accidente: apenas se la daba, dejó de prestarle atención y siguió bebiendo. El Oso entró al baño, se abrió el cierre, comenzó a orinar. De pronto descubrió que en uno de los compartimientos al fondo había un par de pies en posición vertical. Se hizo un poco hacia atrás y descubrió a un padre de familia hincado frente a otro. El que estaba de pie reparó en él, pero tampoco por más de una fracción de segundo, entreabrió los ojos y los entrecerró sin importarle el animal.

Salió del baño. La mujer del coñac se había ido. Un poco más allá estaba el Pato, o la Pata, fumando un cigarro por el cuello, como si se hubiera provocado enfisema en un estanque. Jalaba humo y luego echaba los dos cuellos hacia atrás y lo expulsaba. Decía Aah, con cada exhalación. Oso se quedó ahí unos minutos, con los enormes brazos caídos, observándola. Luego se fue a atender a los niños.

Al terminar el día, el “coordinador de mascotas” los llevó a un cuarto con bancas de madera y les dijo Aquí se esperan. Eso hicieron todos, sentarse, resollar, callar. Al Oso ni le pasó por la cabeza lo que había fantaseado más temprano. Estos eran animales rendidos.

Llegó el agente Félix. Abrió la puerta del cuarto y se quedó mirándolos desde el quicio.

—¿Qué? ¿Contentos? Cómo no van a estarlo.

En la camioneta, el Oso empezó a revolverse dentro

del traje, las piernas le brincaban, la piel le ardía. Se alzaba y se encogía de hombros, estiraba los brazos. El Panda, la Panda, se volvió hacia él. Los grandes ojos inexpresivos enmarcados en negro miraban en su dirección.

—Si hoy no te lo quitas para dormir, al segundo día cuesta menos trabajo acostumbrarse —dijo.

Luego se volvió a mirar al frente.

El agente Félix no se había inmutado por el intercambio de palabras. El Oso quería se volviera, que lo mirara, que los reprendiera por haber hablado. Odiaba imaginar la sonrisa torva al otro lado de la nuca.

El hilo de tu voz



Estás por llegar. Puedo olerte. Puedo sentir ya tu calor en mi piel a pesar de los golpes. Así de mucho espera mi cuerpo a tu cuerpo. Tanto he anticipado esta hora que ya la conozco y vale todo lo que me han hecho. Porque Dios quita y da, por eso fui a conocerte ese día en que llegué al trabajo y ya no había trabajo. Es decir: sí había, pero no para mí, mi lugar estaba ocupado por Amanda, la cajera, quien ya no sólo era cajera sino que atendía mi puesto, *mi puesto*; tú sabes como está la situación Chícharo, dijo el dueño, quien no parecía preocuparse gran cosa por la situación cuando miraba las nalgas de Amanda, tiene empleo el que mejor hace las cosas y lo de anoche fue la gota que/¿lo de anoche?/, sí ¿qué no te acuerdas?, no de seguro no te acuerdas, nadie se acuerda de sus pendejadas, ¿verdad? Te pidieron dos especiales y mandaste dos mexicanas, oiga pero a poco por eso/no creas que soy un desgraciado Chícharo, tampoco, mira: pide lo que quieras de la carta y te lo llevas... Mediana ¿eh? y también un calendario llévate, así dijo el cabrón desgraciado; luego me encontré al Vega, sentado en la banqueta también con

su pizza mediana y su calendario en la axila, llore y llore, porque Vega está más jodido: tiene par de escuincles y si de repartidor apenas le alcanzaba ora que lo corrieron, según por mi culpa, porque él entregó las pizzas que según tomé mal la orden yo aunque clarito me acuerdo que la vieja me dijo que dos de... Total, ahí estaba Vega tristeando y, aunque yo nunca he sido ni su cuate ni briago temprano, le dije vente, vamos a chingarnos unos tequilas, porque ¿con quién más podía llorar y con qué sino con tequila? y pedimos en una vinata de por ahí una patona de Sauza, como no nos alcanzaba le dejamos las pizzas y los calendarios para completar. La idea era echarnos dos-tres pero, aunque al principio todo fue ¿y ora qué hago, y ora qué hago?, la plática se compuso y para cuando nos habíamos tumbado medio frasco ya teníamos un plan: íbamos a abrir nuestro propio negocio, al cabo ya sabíamos cómo funcionaba. Seguimos chupe y chupe, planee y planee. Al acabarnos la patona entera, la verdad ya se nos había olvidado el plan pero quién nos paraba, el tequila es de tristeza sabia. Vega empeñó su reloj por dos caguamas que nos duraron repoco, y bien nos fue porque el reloj era chafita. Como ya era de noche le dije ora sí Vega, váyase a dormir porque mañana hay que chingarle, ¡adiós futuro millonario!, me saludó alejándose. Así que de algún modo hay que agradecerle al cabrón desgraciado de la pizzería que me haya corrido, porque si no, yo no me hubiera emborrachado con el Vega hasta la madrugada, no hubiera pasado junto a los teléfonos de mi primaria vieja, los mismos en donde saliendo de

clases acostumbraba vacilar, ¿ahí lavan ropa... no? ¡pus qué marranos!, y no hubiera marcado como la cosa más natural del mundo tu número, el único número donde había alguien dispuesto a escuchar mi voz.

—Información —dijiste.

Y yo:

—¿Cómo te llamas?

Y tú cortaste. Clarito podía verse que eras rejega. Cortaste. Yo solté la bocina que se quedó colgando en el aire, como un ahorcado.

Al otro día no me acordaba de nada, ni del plan, ni del reloj empeñado, ni de que te llamé ni de nada. Con decirte que todavía me bañé y me vestí y hasta casi llegar al trabajo me cayó el veinte: ya no tenía nada que hacer ahí, me acordé luego del Vega y de las caguamas pero no del teléfono. Algo recordaba de un plan y me fui a buscar al Vega para que me refrescara el seso, pero en su casa salió su mujer toda fodonga y con un chamaco en brazos, y flaca y triste y me dijo Paco, que así se llama el Vega, se fue con un tío a ver si lo mete de albañil a una obra. Como yo sólo sé tomar órdenes de pizza ¡y hay que saber!, no cualquiera tiene la paciencia de leerle el menú a quién sabe quien y ya que se lo leyó le pregunten: ¿qué ingredientes me dijo que tenía tal pizza?, y luego espéreme porque consultan con toda la pinche familia; uno, que ya tiene callo, hasta sabe cómo es la gente al otro lado del hilo: conoce su voz, conoce su estómago, conoce a la persona, rápido se da uno cuenta del que está solo y pregunta y pregunta para no estarlo, el que

es muy mamón y siente que todos son sus gatos, la que es madre preocupona y quiere que le digan cuáles son los mejores ingredientes; como yo sólo sé hacer eso, me dije: pues ya no tienes nada que hacer y que voy a una vinata de por mi rumbo y como es mi rumbo me fiaron un bacachá blanco y unas cocas. Así me estuve todo el día, chiquiteándome el bacachá y escuchando Radio Uno, hasta que ya nohcecito me pasó como cuando te despiertas pero no te quieres despertar y no sabes qué soñabas pero en cuanto te duermes de nuevo, de nuevo el mismo sueño se te aparece. Así me pasó; de repente que me empujo media cuba y que veo el teléfono frente a la escuela, que siento, como la otra noche, que tenía un lugar en el mundo: un lugar calentito y cómodo sobre tu pecho. Me levanté pensando en tu voz como un abrazo. Que voy a los teléfonos y que te marco.

—Información —dijiste.

Sí: era tu voz, profunda y suave. Tu voz que mejor estaría grabando discos como las viejas que se enseñan en la tele. Seguro tú eres más cachonda, pensé, y también lo sé por tu voz; es como el agua que dicen que se filtra, se filtra, se filtra por las piedras hasta que sale limpia y sabrosa, tu voz que corre por tus nalgas, tus nalgas que son grandes y duras, por tus pechos, por tu cuello, por tu boca, pensé, no me interesa si eres tan bonita mientras seas tan dulce como parece tu voz, que es suave y profunda porque ya se limpió en todo tu cuerpo antes de salir:

—Información —repetiste.

—Me llamo César —dije—, me dicen Chícharo.

Cortaste. Si así pensabas matarme el amor te equivocabas. Me fascinan las rejegas. Volví a marcar.

—Información —dijiste.

Y yo de inmediato:

—Te quiero.

Silencio.

—¿Qué? —dijiste.

—Te quiero.

Y sucedió el milagro: cortaste sí, pero antes reíste, antes tu risa como canto rebotó por los cables hasta salir por la bocina y acariciar mi oído, sólo mi oído. Cerré los ojos de placer, puse en su sitio la bocina.

Me amabas.

Por la mañana fui tempranito a buscar a Vega, él iba a entender. Ya no era un sueño. Nunca había estado tan seguro de algo como de que te amaba; Dios nos había juntado vía Sauza con desviación en bacachá. Encontré al Vega desayunándose un pan con nata. Lo jalé afuera porque en su cantón nomás hay dos cuartos y todo se escucha, y le conté todo.

—No mames, pinche Chícharo —me dijo con los ojos muy abiertos—, ¿sabes de qué tamaño es la ciudad? Ha de haber cientos o miles de esas viejas que contestan.

—¡Es su voz! si la escucharas...

—Yo nomás te digo, Chícharo...

—¡Pura madre que me dices! —le contesté empujándolo, porque ya me había encabronado-, por eso estás como estás: no sabes reconocer las oportunidades.

Me fui mentando madres de los amigos que no son y de los pendejos que confían en quien no deben. Entré a la primera vinatería con que me crucé, aunque no traía dinero, dispuesto a pedir fiado, aunque no me conocieran.

—Bacardí blanco —ordené.

—Un segundo —dijo el dependiente haciendo con índice y pulgar el gesto de “péreme tantito”, porque discutía con su mujer—: ¿Cómo que se perdió, chingada? ¡Lo poco que tenemos y ahora cualquier hijo de la chingada va a encontrar la puta tarjeta y nos va a chingar todo! ¿Que qué haces...? ¿Que qué chingados haces? ¡Pues la reportas, me vale madre si no sabes el teléfono... llama a información!

El dependiente se volvió hacia mí y dijo:

—Ora sí, ¿qué quiere?

Pero yo ya no quería nada, salí de ahí jalándome las greñas. Llama a información, me repetía, llama a información, llama a información. Cualquier hijo de la chingada se va a robar su tarjeta, cualquier hijo de la chingada se va a robar a mi mujer. Cualquiera, cualquiera. *Para llamar a información, marque el cero cuatro.* Vi un teléfono público. Mi primer impulso fue agarrarlo a patadas pero una patrulla doblaba la esquina. Agarré la bocina e hice que hablaba pero en realidad trataba de arrancar el número cuatro del tablero. No se podía. La patrulla llegó, miró gandalla, se fue. Le di tres trancazos fuertes a las teclas y no botaron.

Corrí a mi casa, cogí una navaja suiza que me gané en la rifa de fin de año de la pizzería; corrí a la calle, encontré

un teléfono, enterré la navaja en el borde del cuatro y lo arranqué. Me dolió porque fue como lastimar a un compañero, pero tenía que arrancarlo; arrancar los ojos que quieren verte como yo te veo. Corrí al siguiente teléfono, lo herí, huí, corrí al siguiente teléfono, y al siguiente, no importaba que no acabara rápido, era uno menos cerca de ti, y todos los siguientes hasta que una idea me entró haciendo ruido como si el metro atravesara mi cabeza: no podía vigilar que la gente no te llamara *desde sus propios teléfonos*. Si me pegó así el miedo, fue porque mientras corría una aparición me detuvo en seco: una puerta se abrió, la de una casa donde sonaba el teléfono. No puede dejarse abierta una casa, no en estos tiempos. Puede meterse cualquier criminal. Que no se confunda nadie, yo me metí porque estaba ahí el teléfono, pidiendo con su berrido no que contestaran, sino que lo mutilaran. El problema fue que el ruco que iba llegando se asustó gachísimo aunque yo le explicara que la bronca no era con él sino con su teléfono.

—¡Tranquilo, cabrón!, escúcheme: de usted ni siquiera desconfío, se ve que ya no le hace a las mujeres (no es por ofender), pero sólo Dios sabe quien puede meterse así como yo ahorita y usar el aparato ¡no se mueva!, además ni que fuera tan grave, puede marcar todos los números que no tengan cuatro, a poco no.

Pero el ruco no quiso entender. Empezó grite y grite ¡policía! y yo no es tanto que me asustara como que, igual que aquella vez, me tentó el teléfono y te descubrí, ahora

el destino me puso una navaja en la mano y demasiado cerca la garganta del ruco haciendo “¡policía, policía!”

Y aquí estoy. Me apretaron, me torcieron. Me surtieron duro pero aquí estoy. ¿Hay alguien a quien quiera avisar?, preguntó un licenciado, y yo he dicho que no sé tu nombre pero conozco tu cuerpo y tu voz y tu cara no tan bella como dulce, les he dado tu teléfono para que te localicen, y ahora me siento un tipo feliz, porque por encima de todas las cosas, sé que en cualquier momento llegarás.

Las llaves secretas del Corazón



Aconteció en miércoles, la iluminación que aquí se cuenta. Los martes Pedro era El Corazón y rompía hocicos. Peso ligero, rudo. Máscara roja y pintado en el pecho lampiño un estallido rojo y triangular. Aplicaba la Quebradora a Caballo hasta que las manitas de los técnicos se aflojaban y El Corazón pedía Cuéntale réfere. No importaba que no contara, o que contara rápido, el resultado es nomás la ceremonia. Lo que importaba era la adrenalina y las luces, el griterío convulso en las butacas, la batalla de lépera elegancia que cada noche de martes le dispensaba tratamiento de ídolo. Los martes salía a la noche desbordado de esplendor.

Marina lo desfogaba después en un motel y cuando El Corazón la conducía de vuelta la realidad le manchaba el lustre: la casita de una sola pieza, el padre de Marina abotagado de charanda y tevé, la mueca sumisa en los labios de quien se sabe miserable y rumia cómo salir sin atreverse a hacerlo. Entonces comenzaba El Corazón a ser Pedro de nuevo. Y al día siguiente, en la obra,

acarreando tambos de cemento y encimando ladrillos, era definitivamente Pedro y estaba encabronado.

Vio al policía ese miércoles entrar a la bodega, empujando a una sirvientita del rumbo. Era tarde y Pedro el último en irse. Escuchó que ella le decía No, Poli, ya no, quedamos que la pasada era la última, y Pedro se asomó por la puerta entreabierta y vio cómo el cerdo le metía mano, ella lloraba quedito y se agarraba la falda, él decía Quedamos madres, gorda, dijimos penúltima, jajá, o qué, ¿quieres que vaya y le cuente a tu novio? ándale, que te gusta, al cabo que esta va a ser la última ora sí, ¿Me promete, Poli?, ¿después de esta ya me va a dejar?, Sí, gorda, luego platicamos, orita aflojas. Ella se dio media vuelta y empezó a desvestirse, despacio y sin ganas. Entonces Pedro metió los brazos, le tapó la boca al policía y le puso un candado en el cuello. Apretó. Apretó como nunca lo había hecho en el ring, no sólo porque a sus colegas los cuidaba, sino porque sentía emerger una rabia incandescente, porque entendió que este cerdo lo había ofendido, aunque no supiera de su existencia; aunque nunca lo hubiese mirado, acababa de insultarlo, a él, a su familia, a sus amigos, a todos los suyos. Lo apretó sin dejarlo emitir ni un sollozo, hasta que lo sintió flojito y lo depositó en el suelo. Cuando la muchacha, ya desnuda, se dio media vuelta, alcanzó a mirar una sombra que se evadía, y no gritó.

Pedro aventó el cadáver en un callejón a la vuelta y luego anduvo calle tras calle, como un iluminado. Sentía los pulmones hartos, los brazos ligeros; veía el

mundo tras una nueva lente, como si antes todo fuera borroso y de súbito los hombres y las cosas estuvieran al alcance de su mano. Reparó en que sus llaves no sólo servían para representar historias sobre el ring, sino para determinarlas en la vida real. Para cuántas causas podía aplicar el Martinete, a qué cantidad de infames les caería bien una Tapatía brava. Él era El Corazón. Y era fuerte.

La vereda lo encaminó a lo de Marina. Entró sin tocar, la condujo a la única habitación y cerró la puerta. La desnudó, le lamió la sal del cuerpo, y cuando la cargó, ella le abrazó la cintura con las piernas, ávidamente, para empujarlo dentro de sí; mientras oían como el viejo afuera se ponía de pie, se acercaba a la puerta y la tocaba. ¡Marina, Marina! ¿Qué haces? Pero no le hacían caso porque también Marina estaba descubriendo algo y se amaban como si estuvieran solos en el mundo o fueran los dueños del mundo, como lo eran.

Yo soy El Corazón, dijo luego en los cariños dulces con Marina, que no hizo preguntas. Sin esfuerzo le vinieron a la mente una docena de nombres y anticipó cómo haría justicia. Tenía la cabeza tan clara ahora.

Acechó la rutina del ingeniero de la obra con esperanza de que, el sábado, no fuera a desilusionarlo. Y no lo hizo: el día de raya lo vio conspirar como siempre con el capataz para hurtarle a cada albañil una fracción de la paga. Era la costumbre. Cada cual sabía su sitio y por eso nadie se quejaba, ni rencor parecían albergar.

Pero El Corazón ya no se sometía. Se quedó, igual que cada quincena, a disipar el sueldo en cerveza con los compas, pero no toda la tarde en esta ocasión. Calculó que el ingeniero llegaba a su casa, que comía, que hacía la siesta de rigor, que despertaba. Entonces Pedro se despidió, y se atavió con la máscara roja para ir a matar al ruin.

Todavía alcanzó el ingeniero a hacer dos preguntas de alarma cuando lo vio de pie frente a su cama, pero El Corazón lo prendió como a un trapo, lo dobló hacia atrás, le clavó una rodilla en la espalda al estilo del Cavernario Galindo, y cuando sintió que se quebraba aún lo combó un poco más para asegurarse.

Estuvo un rato sentado en un sofá del ingeniero antes de marcharse. Ni se fijó que en la sala había montón de aparatos costosos. Sólo se quedaba porque quería atesorar el momento, recordar en el futuro esta sensación de limpieza, este silencio. Algo así debía sentir el que termina de construir su propia casa.

En vez de la euforia de la primera ejecución, ahora Pedro se sintió relajado. Durmió mucho y bien. Luego fue a ver a Marina; se amaron con paciencia mientras afuera ya corría la noticia. Debió abrir la puerta de la calle el padre, porque escucharon a un vendedor de vespertinos gritonear acerca de los dos cuerpos quebrados. Y los que faltan, pensó Pedro. Y como si lo hubiese escuchado, aunque no podía referirse a ello, Marina dijo: ¿Por qué tardaste tanto? Mientras se le arrimaba, tibiecita.

Y los que faltan: la Soco, esa vieja inmundicia, que presta billete al ochenta por ciento y que vacía de muebles las vecindades; y esos muchachitos de coche caro que nomás vienen a malear en la colonia; y el tipo que le había quitado el taller a su suegro, el pobre infeliz, a ver si así se le borra la cara de odio bajo la sonrisa humilde. Una Tijera y un Cristo para cada uno.

Asomó la cabeza del cuarto de Marina cuando anochece. El suegro estaba, como siempre, sentado ante el televisor. Pero el televisor estaba apagado y lo que el suegro miraba era a él, con una sonrisa macabra, y Pedro supo que el hombre había hecho algo terrible. Ya no se advertía sumisión en sus gestos, aunque el odio seguía ahí. Pedro se quedó de pie, mirándolo.

En esta casa el único que coge soy yo, dijo el hombre. Por supuesto, pensó Pedro, que hasta ahora comprendía. Escuchó el escándalo fanfarrón de las patrullas asaltando la calle. Carajo, qué pronto iba a terminar esta lucha. Pero él debía haberlo sabido, recordó: no se trata de ganar las tres caídas, sino de dar espectáculo. Esas son las reglas. Y hay que obedecerlas, se resignó. Asíó de un manotazo al maldito que lo vendía y se dio tiempo para aplicar una última desnucadora antes de que entraran a quitarle la máscara.

Por el poder investido en mí



Un día van a recorrer las farmacias ávidos de pastillas que les devuelvan los días echados a la basura, pensó Romero, qué desperdicio, ser joven: alguien les informa que *tienen toda la vida por delante* y ¿qué hacen? Se disfrazan, repiten como loros los parlamentos que les dicta otro sujeto a quien le creyeron que sabe cómo ser feliz. Pendejos.

Recorrían las mesas, los novios, sonreían a la caterva de desconocidos que hallaron ocasión para la borrachera impaga. Exhibían con una mueca sonriente la certeza de que ellos ya tenían escriturado el porvenir, já. Y había algunos que lo creían, que en verdad se alineaban en la fila tediosa rumbo a la felicidad, como esos que se agitaban lastimosamente en la pista; a esos les duele el estómago de tanto querer gustar, aprenden pasos, aprenden a chacharear a coro; o a callarse en un rincón mientras espían cómo se place. Cachorritos que conciben ilusiones de que el esfuerzo va a rendir frutos, de que las cosas van a mejorar... Romero sabía. Si algo hace perder el tiempo es la esperanza.

Los novios llegaron a su mesa y Romero revirtió con una felicitación hipócrita la repugnancia que le producían. “Eres un hombre afortunado”, le dijo al crío lampiño que distaba mucho de ser un hombre, mientras ojeaba cumplidoramente al escuálido costal de pecas que era su esposa. Romero soltó a su interior unas risitas mustias. Para eso venía a estas fiestas, a comprobar con placer algo vicioso cómo el rebaño no podía alcanzar el estado de conciencia en el que se encontraba él. Ponen los ojos en blanco, pensó, como si el matrimonio no fuera un camino sin desviaciones hacia el odio mutuo.

Se odiarán, y no obstante, se dijo, serán los mismos que ahora se mean de la emoción. Con tiempo suficiente, los extremos resultan ser idénticos. Si uno tiene eso claro ¿para qué simular que se dirige a cualquier parte? Eso es lo maravilloso de esta época, pensó, cada vez hay más cápsulas para atajar la distancia entre los extremos. Por ejemplo, ¿cuál era la gran diferencia entre él y esa niña de pezones apenas brotantes en la mesa de junto? El vestido en que la habían enfundado sus padres proclamaba ¡Se Vende! (Ya que la ofrecían ¿no podía él satisfacerla mejor de lo que lo haría algún adolescente idiota dentro de uno, dos años?). Con las pastillas adecuadas, tanto él como ella podían hacer lo que les pegara la gana.

En cuanto los novios terminaron de saludar en su mesa, el resto de los comensales se puso de pie para ir a buscar a algún conocido por el salón. La mesa a donde los habían asignado era reveladora de cómo los

anfitriones consideraban a estos invitados. Quizá unos años antes, no muchos, cuatro, cinco, a Romero lo habrían puesto en una más cerca de la pista, para vestir la celebración, galantear; pero ahora, esquinado junto a los baños de los hombres, languidecía con estas parejas de mediana edad aburridas de sí mismas.

Tras la estampida, quedaron sólo él y otro hombre en la mesa. Aunque el otro podía ser de su misma edad aparentaba ser mayor. Tenía un patético aire de viudo que ha llevado una vida provechosa. Sostenía en una mano su copa de vino espumoso y con la otra daba cuenta de los canapés rellenos de alguna pasta supuestamente marina. Advirtió que Romero lo observaba y levantó su copa en ademán de solidaridad: que se le va a hacer, las fiestas son para los jóvenes. Romero le devolvió a medias el gesto y al topar miradas sintió un calambre en el pecho que le venía de otras eras; tan improbable, que fue como si lo sufriera por primera vez. Mas no era nuevo, era un despojo que escarbaba su vuelta a través de la tumba.

Esos ojos.

Camino de glaucos, sí, pero tras la carcoma de la vejez aún reconocible la sustancia de alguien que él conocía.

Esos ojos. Claros, soberbios, pequeños, burlones, satisfechos, *mierdas*. ¿De quién eran esos ojos?

Un odio inclemente dominó su cuerpo sin que pudiera oponer resistencia. Como una violación. Como si algo lo convirtiera en una máquina que cumple su cometido sin albedrío. Con la desesperación por no

entender ese odio le creció una taquicardia súbita. ¿Por qué perdía el control sobre sí mismo?

El hombre preguntó: “¿Nos conocemos?”, y Romero desvió la mirada y dijo: “No”, seco, ansioso porque fuera verdad.

Trató de concentrarse en la fiesta, sin embargo el panorama de gente y mesas se le escurrió como un lienzo al que bañaran de agua. Por más que intentara fijar su atención en el mundo presente un vértigo de impresiones remotas se le impuso: un enfrentamiento cara a cara con esos ojos, un fragor de impotencia; traiciones y una frase melodramática que sentenciaba odio eterno, sangre y venganza. No consiguió recordar fechas precisas ni apellidos ni lugares, pero sí la clase de injuria que le había sembrado ese reflejo bilioso.

Una mujer. Pudo evocarla de golpe, una mujer común como cualquiera de esas que se carcajeaba en la pista. Lo extraordinario fue que, aunque podría describirla en detalle, aunque podría representarse los gestos de la chica, su voz, inclusive su aroma, no consiguió revivir los sentimientos que le despertaba. Recordó, como una cosa ajena aunque el recuerdo perteneciera a la misma época, que se había sentido humillado cuando la chica lo había cambiado por alguien que él consideraba ruin, despreciable. Recordó que había llegado a sentirse nadie, todo por esa muchacha que coleccionaba fotonovelas. Y recordarlo fue tan *extraño*.

La afrenta a su orgullo le pareció de repente completamente arbitraria, sin relación con alguien así de

insignificante. Ella podría ser quien hizo viudo a este hombre, o acaso había desaparecido en un enjambre de circunstancias pueriles. *Qué más daba.*

Eso es: *qué más daba.*

Las imágenes de la fiesta cobraron forma nuevamente, él mismo sintió recuperar su consistencia, como si por un instante se hubiera desprendido de la realidad, o como cuando se trasnocha en un lugar desconocido y al despertarse uno trueca el sueño y la vigilia.

Comenzó a reír, y la risa escaló del rictus discreto hacia la carcajada, mientras movía de un lado a otro la cabeza, paternalmente. Se sintió aún mejor que un rato antes, más ligero, libre de un peso que no sabía que lo lastraba. Entonces, a manera de dictado, le vino a la cabeza una frase que parecía muy propio decir al hombre. Al girar para decirle descubrió que aquel estaba inclinado sobre la mesa, trataba de jalar aire, aún sostenía su copa en una mano vacilante. Perdía color: se asfixiaba con un canapé. Romero lo observó durante dos segundos y luego oteó alrededor: nadie advertía el suceso. Se puso de pie con lentitud, sin dejar de mirar al hombre, dio media vuelta y entró al baño.

En uno de los privados estaba un joven abrazado a la taza. No era ni siquiera la medianoche pero el cuasi-adolescente ya vomitaba la cena con gran vigor. Eso se llama aprovechar el tiempo, pensó Romero; le dieron ganas de palmearle la espalda, pero sólo se asomó al espectáculo con una sonrisa y le dijo en alta voz, casi a los gritos: “¡Ahora ve y cógete una vaca, muchacho!”.

De pronto, escuchó un estrépito que venía de afuera, platos y copas que se iban abajo con un mantel. Abandonó al chico en su desahogo y se dirigió a uno de los mingitorios. Abrió la bragueta, sacó su verga, orinó, larga, espumosamente. Se sintió bien al hacerlo. El chorro poderoso le recordó el viejo refrán: “Enfermo que come y mea, que el diablo se lo crea”. Jajá. Así es, pensó, que nadie le diga viejo al buen meador. Terminó de orinar. Guardó su verga, cerró la bragueta, camino del salón todavía se detuvo un instante para admirar su peinado impecable, sus mejillas afeitadas al ras. Cosa extraordinaria, esas Match III.

Al salir encontró un semicírculo de buenos samaritanos quitándole el oxígeno al hombre de su mesa, quien, sudoroso, recargado en el regazo de alguien, asentía y balbuceaba Ya estoy bien, ya estoy bien. Romero pensó que, si aún lo odiara, habría intentado la maniobra Heimlich para que no se le fuera la oportunidad de vengarse propiamente. Qué infantil. Ahora sólo se le antojaba decir lo que le había venido a la mente al descubrirse limpio unos minutos atrás: “¿Te das cuenta, anciano? Ya ni rencores despiertas”. Quizás podría decírselo más tarde. Quizás no. Qué importaba.

Entre los curiosos descubrió a la niñita escotada, las manos cruzadas al frente. Romero se le acercó y puso con delicadeza una mano en su cuello. “Una señorita como usted no debería estar tan sola”, le sonrió: “¿Por qué no damos un paseo por el jardín para que me cuente de esas uñas tan bonitas que tiene? ¿Usted misma se las

arregló? *Impresionante*”. La niña se encogió de hombros, ruborizada y siguió a Romero hacia la puerta. Quién iba a decirlo, pensó él, a estas alturas de la vida me he convertido en un educador.

Los otros



Camino del trabajo vi por primera vez al hombre terrible: a tres patas sobre el suelo, la cuarta empuñaba una herramienta. No podía distinguir sus facciones porque al fin del cuello emergía una cascada de barba y greña que ocultaba su rostro y a la vez aquello sobre lo que se denodaba. Pasé de nuevo a su lado a la hora del almuerzo, el sol ya se dejaba venir en caída libre, mas el hombre persistía sin reparar en las deltas de peatones a sus lados. Alcancé a mirarle un retazo de frente, sudaba.

A un costado de la plaza estaba la oficina a la que tuve que acudir a media tarde. Clara ya estaba ahí, estrujándose las falanges y sonriendo con una sonrisa pequeña y temblorosa. A última hora le habían entrado los nervios. Todo este tiempo había estado tranquila, desde que decidió hacerse ella también el examen el día que acompañó a una amiga con malos presagios, hasta que a las puertas del lugar finalmente se hizo la pregunta: *¿y si sí?*, *¿y si sí tenía de qué preocuparse?*, *¿y si el examen salía positivo?*, *¿y si ésta era su hora?*

Fue mi primera novia. La primera con la que tuve sexo al menos. No me había pasado por la cabeza que nada pudiera salir mal, así es que asumí el papel de hombre de mundo, sólido, imperturbable, experimentado, machín, y le dije:

—No te preocupes, cachito, mira, vamos a hacer memoria y ya verás que no hay de qué preocuparse.

Me miró destanteada. A qué me refería.

—Acuérdate de la persona con la que estuviste —“o las personas”, añadí como por mera formalidad, generoso—, piensa si hay algo que te saque de onda, seguro que no.

Me contempló de nuevo sorprendida, parpadeando, y luego, sin mover los ojos, miró hacia adentro. Me volví hacia la plaza mientras Clara consideraba su pretérito. El hombre terrible aplicaba su herramienta con golpes secos sobre un tronco. Pude advertir que tenía varios troncos más, gruesos y largos como un brazo, y que su herramienta era menos que un hacha, una especie de piedra afilada.

—A ver —dijo Clara— ... Tal vez... No, mejor empiezo desde el principio.

Sacó de su bolso una pluma y extendió un periódico sobre la banca en la que estábamos. Se veía tensa, Clara; le acaricié una mejilla y dije: Tranquila, cachito.

—Bueno, primero, obviamente... —dijo, y anotó unas iniciales en un margen del periódico. *ECJ*.

Su primer novio. No sé por qué, pero me dio ternura.

Dubitativa, apuntó *MAH* debajo de aquellas, las tachó, escribió *LCH* y dijo sí. Se quedó pensando unos

segundos, el extremo de la pluma entre los dientes, y luego apuntó, de un golpe:

ABS

NCC

DFT

RCV

JMP

Escribió *UMM* al lado de la tercera y la cuarta y dibujó un corchete muy elegante para indicar que esas iniciales iban ahí, que era importante que fueran ahí. Así: *UMM!*‡.

Luego pareció olvidarse de que yo la acompañaba; en realidad pareció olvidarse por completo del objetivo de aquel ejercicio de memoria porque la luz le volvió a la cara y empezó a divertirse. Decía:

—El de la fiesta de Imanol, el calvo ¿cómo se llamaba?... ah, sí —y escribía iniciales de vago aire extranjero: *KW*, o que espinosamente parecían coincidir con las de un conocido mío: *LRB*.

Y también:

—Aquel del festival de *reggae*, el apellido era... sí, ¿pero su nombre...? —y apuntaba: *¿D?R*.

En un par de ocasiones puso una sola letra con una acotación al lado, por ejemplo: *A* (*el amigo de Sandra*).

Al llegar a la inicial número veintitrés recordó que yo estaba ahí, levantó la pluma y dijo:

—Ay, me da pena contigo —cerró el periódico y lo guardó—, además no sé nada, mejor vamos a esperar.

Eso hicimos, en silencio. Yo quería decir algo pero no sabía qué podía opinar que no resultara patético. Además, de súbito, me había entrado una sensación de fragilidad que temía me derrumbara. Y esta imagen: mi cuerpo como una bomba, mis venas un conducto de algún líquido maldito, yo todo una cosa de la que había que alejarse. Alfileres, agujas, pinchos reventándose. Una mano me comenzó a temblar y la metí en el bolsillo del pantalón.

—Ya es la hora de mi cita —dijo Clara.

Respondí “Vamos”, lo intenté al menos, entramos a la oficina, la acompañé hasta el consultorio donde la aguardaban, pasó, me senté en la sala de espera; sin embargo me resultó insoportable quedarme ahí, con todas esas otras bombas humanas, con todos esos muchachitos y muchachitas comiéndose las uñas. Hui a la plaza.

El hombre terrible estaba de rodillas pero con la parte superior del cuerpo recta. Había tallado los troncos con formas angulares y profundas y los había unido en algo que era una tercia de cruces o un arsenal de estacas. Agarraba su objeto y lo golpeaba con fuerza contra el suelo para que embonaran los troncos. Jadeaba, rugía al azotarlo. Los caminantes seguían sin hacerle caso. Finalmente dejó de esforzarse y recargó su frente en el objeto. Se puso de pie, trastabilló y oteó a su alrededor. Pude verlo: tenía ojos casi transparentes y una mancha continental en el pómulo derecho. Detuvo su mirada en un punto en el que nada sucedía y se dirigió hacia allá. Antes de que alcanzara el filo de la plaza un auto se

detuvo exactamente en ese lugar. Un sujeto de traje sastre y gafas oscuras se apeó y el hombre terrible se le acercó como si le fuera a entregar algo, pero en vez de eso levantó su objeto terrible y lo dejó caer sobre el cuello del sujeto.

—¿Todavía estás vivo? —escuché a mis espaldas.

Clara. Clara con una sonrisa enorme y carnosa.

—Por supuesto que no había nada de qué preocuparse, tontito —dijo, y se me pegó—. ¿Qué pasa ahí?

Un pequeño tumulto rodeaba el lugar donde se habían encontrado el hombre y el hombre. No se veía nada, pero aún alcancé a distinguir, por encima de las cabezas curiosas, el objeto del hombre terrible alzarse ensangrentado, el brillo rojo de sus puntas.

Augurios



El presidente miró a su imbécil que fungía como coordinador de asesores y dijo:

—Tráigame un pollo.

El interpelado, que exponía al jefe las ventajas que le habían señalado los técnicos de vender las refinerías a los chinos y no a los gringos, se interrumpió a modo de ¿qué?

—Un pollo, vivo —confirmó el presidente—, y una rana, y un tlacuache. Ahorita resolvemos esto.

Miró fijamente al coordinador de asesores, quien comprendió que la orden era en serio y salió a buscar los animales.

¿Por qué había pedido un tlacuache?, se preguntó el presidente. Ni siquiera sabía bien cómo era un tlacuache. Una vez había visto un documental pero no recordaba su aspecto. Como fuera, la resonancia de su nombre le serviría para ilustrar mejor su argumento. Ordenó que vaciaran la piscina chica y que el coordinador de asesores lo encontrara ahí con los animales. Al llegar vio que la gallina era blanca y gorda, que la rana era

húmeda y de piel rugosa, tanto que pensó que podía ser un sapo, mas no se atrevió a asegurarlo, y vio que el tlacuache parecía una especie de castor malhumorado. Asintió en aprobación.

—Suéltelos, y observe —indicó el presidente. El coordinador de asesores abrió las pequeñas jaulas en que llevaba los animales.

Hubo un momento de calma perpleja en la piscina, como si los animales intentaran descifrar la insólita combinación de circunstancias que los tenían contemplándose entre especies; y luego la gallina se abalanzó sobre la rana, que dio un salto hasta el borde de la piscina sin alcanzarlo de lleno. El anfibio rodó dramáticamente hasta el fondo de la alberca y habría sido picoteado a muerte de no ser porque entonces el tlacuache se lanzó ferozmente sobre la gallina, atacando con garras y dientes. La rana aún intentó salir de la piscina infructuosamente y luego se quedó muy quieta mientras la gallina aleteaba sin cesar ante los embates del tlacuache. La persecución duró sus buenos tres minutos, hasta que la rana cometió el error táctico de buscar un rincón más seguro, y apenas había pegado un saltito discreto cuando el tlacuache, exacerbado por la batalla, aterrizó sobre el anfibio y lo destripó en segundos. La gallina siguió revolviéndose en el aire un poco más y luego se detuvo aunque presa de gran agitación. Su cloqueo y el roer blando del mamífero fueron lo único que se oyó por un rato; después el tlacuache dio media vuelta y atacó nuevamente al ave.

—Suficiente —dijo el mandatario—, sepárelos.

El coordinador de asesores debió meterse a la piscina y patear al marsupial para rescatar al ave.

—Entonces —dijo el presidente—, ¿cómo entendemos esto?

El coordinador de asesores lo miró con una mezcla de pánico y desolación. Súbitamente consciente de la figura que componía, soltó a la gallina sobreexcitada para que corriera en libertad, y buscó las palabras.

—Bueno, bueno —se volvió a mirar al tlacuache en la piscina, tal vez intentaba decidir si al final éste había salido triunfante—, la... la lección... es que la mejor presa no es la más jugosa, sino la más segura... y... y... que a la más trabajosa hay que hacerle saber quien manda... todo el tiempo.

El coordinador de asesores cerró la boca y esperó ansioso la réplica del Señor.

—Conque esa es la lección ¿eh? —dijo con sorna el presidente—, no amigo, la lección es que tengo que elegir como mi brazo derecho a alguien que piense por sí mismo, en vez de alguien que se cree cualquier cosa. Retírese. Y deje libre al animal.

Esa noche pensó que tal vez mandara al coordinador de asesores como agregado al Vaticano. Que se encalleciera los dedos a punta de rosario. Pero justo antes de irse a dormir le pasaron un memorando: los chinos habían hecho una oferta igualando las condiciones de los gringos, que, enterados quién sabe cómo de la jugada, mandaban saber que confiaban en la palabra del gobier-

no de la república, y que estaban dispuestos a añadir una compensación individual de ser los beneficiarios del trato. Mmm. De pronto tenía a ambas delegaciones donde quería. El presidente no pudo evitar pensar en la calma con que la rana se había puesto a tiro mientras el tlacuache se había abalanzado sobre la presa mayor. Algo de resignación le había notado el presidente, le pareció que su último brinco había sido la señal de que aceptaba su destino. De hecho, la batalla con el ave sólo había puesto a la rana en una posición más vulnerable. Como con los gringos.

Chingada madre, pensó el presidente, ahora sí que debía despedir al imbécil coordinador de asesores. Se puso una bata de franela y fue a su despacho a reflexionar. Observó por el ventanal que un gato se acercaba pacientemente a una rata que devoraba desperdicios en los jardines de la residencia y que a punto de atraparla el roedor había escapado. El presidente no sabía que hubiera gatos o ratas en los jardines, tendría que inquirir al respecto. Carajo, suspiró, qué difícil es la política.

El lúser



La mesa del feo malora brincó al ser golpeada por el portafolios del modesto catrín. La limonada sobre la mesa pegó a su vez un brinco milimétrico, se desplomó y el líquido se vertió sobre las rodillas de aquél. Modesto catrín era pesado pero como enclenque, y parecía de temperamento nervioso. Feo malora era calvo y orejón, más alto y más pesado que el otro, pero como fornido. Se levantó de su silla a velocidad media, lo que hizo pensar que estaba sosiego, sin embargo un segundo después le dio una pequeña bofetada a modesto catrín, sin mucha fuerza pero sonora.

—¿Qué te pasa, pendejito? ¿Qué-te-pasa-qué-te-PÁ-sa?

Acercó su frente a la de modesto catrín, sin llegar a tocarla, y desde su lado izquierdo disparó una bofetada con la mano entera. Modesto catrín trastabilló sobre su lado izquierdo y debió agarrarse de una silla para no caer.

Hasta ahí, la escena era emocionante y apenas incómoda, en todo caso asunto de alguien más. Pero feo malora soltó otra bofetada, artera, de arriba abajo, de esas

mitad mejilla-mitad oreja que arden y aturden, y modesto catrín cayó al suelo.

—Ahora, *así* te me vas a la cocina, les dices que te pongan una limonada en la espalda, y me la traes, papito.

Y, créase o no, ahí, en el suelo, lo abofeteó otra vez.

A mí, de redentor que me esculquen, si quisiera salvar vidas usaría traje de baño; sin embargo, como alguien para quien esto es un oficio, creo que la violencia tiene su lugar y medida. Y aquel espectáculo era puro capricho que me estaba estropeando los molletes. Me levanté de mi asiento y dirigí mi diestra hacia la parte de atrás del pantalón para coger la pistola. Pero entonces feo malora hizo la seña secreta que identifica a los miembros de la organización; no de esa en la que chambeo y que me da fama y me da de comer, sino de *La Organización*. El doble parpadeo seguido de un breve rasquido detrás de la oreja izquierda. Volví a sentarme. Feo malora se fue detrás de modesto catrín en su camino a la cocina, propinándole puntapiés en el trasero. Entonces sucedió lo impensable. Modesto catrín me miró y, a continuación, *también él* hizo la seña secreta.

Todo miembro de La Organización sabe que *ella* está por encima de cualquier otra lealtad, y que en cuanto un Hermano se identifica no se le puede hacer daño; pero ahí, frente a mis ojos, un Hermano estaba humillando a otro. Perplejo y alebrestado, empuñé mi pistola y la amartillé bajo la mesa. Esto no debía estar sucediendo. Resolví que el error era mío, que yo había visto mal y sólo uno de ellos había hecho la seña secreta.

Pero cuál. Tenía razones para identificarme con cualquiera de los dos. Aunque modesto catrín era más el tipo de hombre que hacía parte de La Organización, feo malora podría ser la clase de Hermano que cumplía funciones de músculo (categoría a la que yo pertenecía, mal que me supiera). Este era el momento en el que debía solicitar una confirmación. Me aclaré la garganta una vez, hice una pausa, y luego tres veces seguidas.

Feo malora se volvió a mirarme, no con curiosidad ni temor, fue una mirada de reconocimiento; pero no respondió a mi segunda señal. Modesto catrín, en cambio, chasqueó la lengua dos veces seguidas, luego otra. No me quedaba opción, me levanté y apunté hacia feo malora, pero en el último instante la duda me impidió jalar del gatillo, levanté la pistola y le pegué con la cacha en la sien. Feo malora se desplomó, levanté del suelo a modesto catrín, consideré con melancolía mi desayuno, y salimos.

Al cabo de un par de cuerdas de silencio, modesto catrín recuperó el aliento y dijo, acercándose a mi oído:

—Hay algo que tiene que explicarme.

Aprovechándose de la cercanía agarró la pistola que había vuelto a guardar en el pantalón y me apuntó.

—¿Por qué interrumpió la operación?

Más que por la amenaza del arma, me dejó frío la sorpresa.

—Tenía que haber dejado que él me pateara y luego yo me resistiera —continuó—, para que el Hermano disparara y matara al hombre de la mesa junto a la

cocina: *debía parecer un accidente*. ¿Por qué no obedeció la seña indicándole que había una operación en curso?

—¿La seña?

—Con el dedo meñique, me rasqué la oreja con el dedo meñique, no con el índice. Debía haber entendido entonces. Y después chasqué la lengua tres veces seguidas, luego otra, que es la señal de retirada. Me parece muy sospechoso que no haya entendido ninguna de las dos señales.

—¿Tres veces?, ¿no dos?

—Tres —insistió—. ¿Puede explicar su comportamiento?

Resignado, suspiré y, para variar, decidí reconocer la verdad, aunque ello marcara mi futuro dentro de La Organización:

—Sólo soy un músculo.

Modesto catrín me observó detenidamente —creo que hasta con piedad—, y dijo “Claro”, pero no hizo ademán de devolverme la pistola.

Los andamios paralelos



A mi compadre Beto se lo había contado un peón de obra un día de la Santa Cruz en que, tal vez animado por la novedad de ser el patrón, le sinceró aventuras amorosas, una pregunta política y al final aterrizó en lo sobrenatural. “En El Reloj de Arena”, le dije, “hay una rendija, y del otro lado estamos todos”. Beto me lo contó a su vez con el desenfado con que algunas personas suelen depositar historias inútiles en mí, para comprobar que soy ocioso, o para llenar un silencio. Le pregunté a qué se refería el albañil con eso de que todos estamos, qué clase de rendija. “No lo sé”, respondió, “pero insistió en que de aquel lado todo sigue sucediendo”. Dijo que luego el hombre pareció recuperar súbitamente la sobriedad, le agradeció la comida y la cerveza y se retiró. No había vuelto a mencionar el asunto, ni Beto lo había vuelto a recordar hasta que me lo contó.

Tampoco yo volví a mencionarlo hasta otro día en que cenaba con él y con Martha y ella volvió a bromear con que yo ya no era pachuqueño, porque la historia de Pachuca había empezado el día que Glaría metió con

la entropierna el gol definitivo al Cruz Azul, y yo no había estado ahí para verlo. En ese entonces andaba lejos, enseñaba español en una preparatoria francesa, trabajaba de ocho a cinco y la vida era pobre y buena aunque apenas me tocaba sol de segunda mano en los recesos en la sala de profesores. “Tú ya eres turista”, me dijo, y como vio que me sentía añadió un “no es cierto compadre, es pura broma”, y me sirvió otro brandy. Entonces Beto dijo: “Mi trabajador dice que te vio”, “¿Dónde?”, “en El Reloj de Arena”, “Hace años que no tomo pulque”, “En la rendija del Reloj de Arena”. El hombre me conocía de cuando Beto había construido mi casa y yo visitaba la obra; según él, me había visto en la rendija, colado en una historia muy suya que nada tenía que ver conmigo, pero que me reconoció porque yo “pasaba por ahí”.

La historia era absurda pero algo en su extravagancia le confería una virtud verosímil de la que carecen los cuentos de borrachos. Fui al Reloj de Arena un miércoles que llovía a latigazos intermitentes. La pulquería estaba como la última vez que la había visitado: un aire de agonía cubría la barra, el aserrín, el orinal bajo la imagen de la Virgen, los tornillos servidos de neutle. En una esquina conversaban aún dos jóvenes que me miraron con desconfianza; había dos hombres más en la barra, uno dormía pesadamente sin soltar su tornillo y el otro rogaba sin éxito que le fiaran medio vaso más. No pude reconocer al cantinero a pesar de que era un hombre notable (tenía un ojo glauco y su calva se mostraba irregular como si le hubieran arrancado el pelo

a puños), y de que sabía que era el mismo que atendía El Reloj de Arena desde hacía décadas. Él no mostró ningún interés por reconocermé; mientras le pedía un curado de nuez miró hacia una esquina en la que no sucedía nada, luego se dio media vuelta y no me sirvió lo que ordené sino un pulque tal vez más fermentado que el que bebía el resto de los comensales. No protesté.

Me empuñé mi tornillo a pequeños sorbos para no ensuciar de borrachera cualquier cosa que me fuera dado descubrir. Estudié tan discretamente como pude cada rincón de la pulquería: las tinajas de madera, el cielo desgarrado sobre nuestras cabezas, un espejo de salón que había visto luces más diáfanas, el tubo al pie de la barra interminablemente escupido. Pero no vi ninguna *rendija*. Estuve así casi una hora hasta que, convencido de que nada me sería revelado, apuré los restos de mi litro y me volví para pagar al cantinero. Al hacerlo advertí que el hombre daba un paso hacia el espejo, del que pendía un cordón al costado; entonces, con un gesto como si abriera una ventila, tiró de él y el espejo se precipitó sobre mí, igual que en el poema de Gironde, con las columnas y la gente que tenía dentro.

En el infinito lapso que le tomó al espejo inclinarse veinte grados desapareció El Reloj de Arena de su superficie y aparecieron imágenes de lo que creí era el pretérito, pero luego vi que eran múltiples variaciones sobre una misma trama que antecedía ese momento y lo continuaba más allá. El espejo delataba una especie

de traspapeleo divino en el que se mezclaban memorias de lo que podía haber sido el mundo y de lo que sería. Vi persistir el viejo edificio de la escuela Americana años después de que fue derrumbado, vi enamorarse de mí a una adolescente de pelo castaño y voz aguda a la que nunca me declaré y la vi cambiarme por otro y después arrepentirse, vi a Luis Biosca derrotar a la diabetes que lo mató, vi a los ochenta y siete mineros salir a tiempo antes de ser sepultados por los gringos de la Compañía en aquel hoyo de fuego; vi a mi padre volver de ese viaje. Y en cada visión aparecían protagonistas desconocidos, gente que no ocupaba ningún espacio en mis recuerdos y que en esas otras tramas eran parte de mi vida. Comprendí que así me había visto el hombre que trabajaba con Beto, yo era parte de un ramal de su vida del que ninguno de los dos estaba enterado. Pero también vi futuros: me vi ir a una finca de Huasca al día siguiente con gente desconocida, vi a mi perro deambulando por la colonia en busca de una pareja en celo; y eventos igual de extraordinarios pero menos íntimos: la construcción de la estatua monumental de El Santo frente a la Arena Afición (vigilante de mármol de cuarenta metros de altura mirando al sudeste); y vehículos como tapetes propulsados por el viento cruzando la ciudad. También vi el día de hoy, y yo no estaba en la pulquería sino caminando la Plaza Independencia y creía tener claridad sobre mi vida.

El espejo terminó de caer sin más sonido que la nota del cordón al tensarse. Apenas se volvía hacia mí el

cantinero para averiguar qué deseaba cuando ya le había dejado sobre la barra un billete que excedía mi consumo.

Salí a la noche húmeda y eché a caminar sobre Morelos hacia el exconvento de San Francisco. Hubiera deseado que la embriaguez explicara el caleidoscopio imposible del que acababa de ser víctima, pero mis pasos evidenciaban sobriedad. Caminé hacia el antiguo barrio de putas en La Surtidora, subí hasta llegar a un punto en el que pensé que, si me volviera, tendría a la vista la Plaza Juárez y, más allá, los edificios frente a la Arena Afición. Tuve miedo de mirar y descubrir que había provocado algo abominable, que con alguna de esas memorias alternas había cimentado otro presente, y que vería en el horizonte no sólo la estatua de Juárez sino también la del enmascarado de plata, y que quién sabe qué más habría cambiado y quién sabe cómo sería ya la vida.

Me volví, y comprobé que el paisaje no había cambiado. Pero dos cosas sucedieron: vi pasar por la esquina a mi primo Pavel en una camioneta blanca, y un perro que discurría me tiró una tarascada que apenas me hendió una pantorrilla sin hacerme daño. Me pregunté si en una trama paralela Pavel no necesitaría mi ayuda, y si en otra el perro no me habría herido de gravedad. Tal vez más adelante logre recordarlo.

Poema de las formas intermoleculares



La botella de jugo empezó a vibrar como un teléfono. Me la acerqué al oído y no escuché nada, luego un riiin riiin pero más como un reen reen grave y pastoso al vibrar la botella. La desenrosqué y me la acerqué al oído y escuché que alguien decía:

—La olla, destapa la olla con la sopa.

Y se cortó.

Colgué, es decir, enrosqué, y devolví el jugo al refrigerador.

—Quién era —preguntó ella desde la habitación.

—Nadie —dije.

Me di media vuelta y toqué la olla. Estaba tibia, aunque hacía ya un rato que había apagado el fuego. La destapé. Hubo un titubeo en la sopa, como si el caldo se aconcavara, y luego se enderezó por encima de la olla en una cabeza líquida y un cuello líquido y un par de brazos líquidos y luego una pierna con la que todo el cuerpo líquido se impulsó torpemente en la olla para dar un paso y caer sobre el piso de la cocina.

—Carajo —dijo. Arrastraba un poco las erres.

Agitó las manos para sacudirse unos fideos y luego me observó.

—Planeta de mierda que les ha tocado, ¿eh? No hay modo de...

Pero entonces el cuerpo líquido cayó sobre sí mismo como si acabaran de derramarlo y se hizo charco en el suelo. Después de un par de segundos volvió a salir el torso y los brazos y luego las manos con las que el cuerpo—sopa se apoyó en el suelo para incorporarse otra vez.

—... ¡A esto me refiero! No hay modo de hacerse de un cuerpo decente con esta materia suya.

Aprovechando el berrinche, agarré un cuchillo cebo-llero y lo enfrenté. Me miró con azoro de incomprensión desde sus anaranjados ojos caldosos. Por supuesto. El cuchillo no era nada contra él. Dejé el cuchillo y tomé un cucharón.

—Tranquilo —dijo, alzando las manos defensivamente; menguaba y se enderezaba continuamente, incapaz de mantenerse del mismo tamaño—, tranquilo, no venimos por ti.

Desconfiado, con la otra mano agarré una taza y di un paso hacia él.

—No tenemos ningún interés en ti o en este lugar. Buscamos a un agente de inteligencia que vino a investigar si es un planeta habitable y no regresó. Sabemos que llegó a este punto exacto de este jodido planeta.

Me detuve, pero sin dejar de blandir taza y cucharón. Parecía sincero, el aliensopa.

—Pues aquí no está —dije—. Si llegó aquí se habrá ido a investigar a otra parte. ¿Qué iba a averiguar aquí?

—Nada —dijo, apenas manteniendo la cabeza por encima del charco que se extendía y se achicaba debajo de él—, justo a eso me refiero: no se necesitan más de unos instantes para saber que nada tenemos que hacer aquí. ¡Mierda! No hay nada que descubrir. Por eso, o se quedó aquí o insistió en investigar y algo le pasó en este ambiente hostil.

Señaló hacia fuera con un dedo que rápidamente se deshizo en gotas. Miré hacia la calle. Había hecho un calor tenaz los últimos días. Las banquetas estaban cocidas en su propia sequedad.

—Pues eso —dije—, no puedo ayudarlo.

El aliensopa dejó de luchar por unos segundos, el cuerpo se empezó a disolver suavemente en el charco mientras giraba la cabeza a un lado y a otro.

—A la mierda esto —dijo finalmente, enderezándose un poco—, yo ya cumplí. “No hay pistas que seguir y no hay posibilidades de supervivencia aquí”, ese será mi informe... Ayúdame.

Hizo un gesto con un muñón hacia la olla. Lo miré con desconfianza.

—Acércame la puta olla —dijo—, ya me voy.

Puse la olla sobre el suelo. El aliensopa sacó del charco una pierna, la metió en la olla y fue acomodando el resto del cuerpo. Una vez que entró completamente, asomó una cara de agua para decir:

—Tapadera, por favor.

Tapé la olla. Todavía alcancé a escuchar que decía “Habiendo tantos lugares bonitos en el universo, carajo”. Luego nada.

Me quedé unos segundos mirando la olla. La destapé. La sopa reposaba absorta en sí misma. Una película de grasa ya se había formado en la superficie. La volví a tapar y la puse sobre el fogón.

—¿Ya se fue? —dijo ella.

—Sí —dije, caminando hacia la habitación.

La escuché moverse hacia el baño. Entré al cuarto.

—¿Cómo supiste quiénes eran?

—Tu teléfono está en el buró —respondió desde el baño—, y escuché que otro timbraba en la cocina.

Me quedé de pie junto a la cama. Pasé la mano sobre la colcha. Nadie hubiera dicho que unos segundos antes estaba empapada.

—No van a volver —siguió ella—. Esos burócratas no saben adaptarse.

Entré al baño. Me quedé de pie junto a la tina. El agua se rizaba en un bucle de sonrisas plácidas. Luego salpicó en mi dirección.

—Anda —dijo ella—, ya métete.

Alegoría de la Biblioteca



El tomo tercero de la enciclopedia se desplazó torpemente hacia atrás durante el lapso que utilizaron dos moscas para fornicar encima del tomo octavo. Se mantuvo en equilibrio hasta que una de ellas alcanzaba el tercer orgasmo, y cayó.

Al otro extremo de la biblioteca, acurrucado junto a la colección Time-Life, Pablo veía todo. Hipó del susto (él, al contrario de su hermana, nunca había visto a los libros moverse a voluntad) y esperó a que la pareja de insectos, exhausta y sonrojada, levantara el vuelo para acercarse a ver el fenómeno.

Se arrastró hacia el tomo tercero agachando la cabeza como quien teme recibir un golpe, y se asomó a las páginas. La de la izquierda era la cuatro mil trescientos veintiocho, y traía en cinco renglones las vidas de un tal Gessi, un tal Gessler, un tal Gessner, y otros.

La página de la derecha era la cuatro mil trescientos veintinueve, y entre todas las letras, casi hasta arriba decía en unas más negras: Gesta.

Pablo comenzó a leer; apenas iba por la tercera palabra (“hechos”) cuando vio que algo se movía detrás de su tercera letra (la ce). Era un prócer. Traía botas negras, vestía de azul oscuro y un camino dorado le subía de la cintura al cuello y los hombros, los galones; en su pecho lucían más de una docena de medallas. Caminaba entre los renglones evitando cuidadosamente chocar con las eles y las os; parecía preocupado.

Iba seis líneas abajo de su lugar de origen, ya tenía un pie encima del palito de una eñe, cuando miró hacia arriba y descubrió a Pablo. Se observaron con extrañeza. El prócer arrugó la nariz como si espantara un bicho y levantó la ceja izquierda.

—Bueno, ¿qué pasa? —dijo, arrogante, a la vez que apretaba sus puños contra la cintura.

Pablo se enderezó, asustado por el tono de voz.

—Nada, señor.

El hombrecillo Gran Hombre golpeó varias veces la página con la punta de su bota para demostrar que estaba impaciente. La hoja se arrugó un poco y él empezó a caminar otra vez. Al cabo de tres renglones se paró de golpe y volvió a voltear arriba.

—Busco a mi caballo —dijo en un tono menos severo, sin llegar a ser amigable—. ¿Has visto un caballo blanco?

La pregunta volvió a tomar a Pablo por sorpresa.

—¿Yo? —dijo señalándose.

El otro hizo un gesto de fastidio que parecía decir: “¿Quién más, torpe?”.

—No, señor.

El presunto héroe ya no lo escuchaba, paseaba alrededor de un verbo, rascándose la barbilla. Torció la boca.

—Debe estar en alguna parte.

—Puede que ahí, señor —dijo el niño, y apuntó hacia el tomo segundo (D E F), perfectamente colocado en el estante.

El prócer volteó.

—No es posible —pateó con fuerza y la horma de su bota quedó marcada las tres o cuatro páginas siguientes—, no es posible —repitió, consciente de que su animal había regresado a la página novecientos veintiséis para ubicarse en equino, abajo de equilibrista—, lo ha hecho otra vez... Pero ¿qué se ha creído? ¿Pensará acaso que yo soy Juárez?

Se veía desolado.

Suavizó el ceño y fue a sentarse sobre una eme.

—El capitán Tutranquilo envidiaba mi caballo... “Animal fino, este que tiene usted, mi general”. “Un día se lo presto, capitán”, así le decía yo... Si alguien en este mundo podría haberlo montado aparte de mí, ese era el capitán Tutranquilo... Claro, eso antes de la batalla de La Loma.

El hombre miró a Pablo como quien espera algo.

—Sabes cual es la batalla de La Loma, ¿no?

—N... no...

—Señor.

—No, señor.

El prócer alzó los hombros.

—Qué importa.

Pablo pensó que ya debía hacer su tarea. Iba a levantarse pero vio que el Ser Ejemplar se había sentado a horcajadas sobre la eme y ensayaba una pose ecuestre, un ligero vientecillo le movía los cabellos mientras levantaba con la diestra su pequeña mítica espada.

—Esto no resulta.

Se sentó normalmente y se palpó los bolsillos del pantalón. “Un cigarro, un cigarro”, decía. El general había olvidado que los próceres pasan a la historia sin sus vicios. Terminó por resignarse.

—Buen caballo el mío, sí. En una ocasión el capitán Tutranquilo estuvo a punto de ganármelo a las cartas (esto fue antes de la batalla de La Loma), la noche era larga y previsible, el capitán no me había ganado una sola partida y sucedió que de tanta confianza se lo aposté; yo enseñé mi juego y él rompió sus cartas y las tiró; iba a reprenderlo pero vi mitades de reyes y reinas en el suelo pedregoso. “El caballo de mi general es sólo de mi general”, dijo, y salió de la tienda; ese era Tutranquilo... A veces nos divertíamos... Bebíamos, acariciábamos mujeres —el prócer tomó una be por el talle y la inclinó—, bailábamos así, ¡nos condecorábamos! —corrió renglones abajo y destazó con su espada la vocal de una bella palabra esdrújula sobre la cual había una tilde, la cogió y se la puso a manera de medalla— ... Sí, supones bien, todo esto también fue antes de la batalla de La Loma... No sé, ¿es posible que alguien como Tutranquilo no haya sido lo suficientemente grande para estar aquí? —abarcó el libro con un gesto—. ¿Tú qué piensas?

Pablo abrió la boca para decir que no sabía nada pero fue interrumpido otra vez.

—Ya estoy hartó.

El insigne patriota echó a andar con rapidez, horizontalmente, alejándose del vértice de las páginas. Su magna vocecilla resonaba en los rincones conforme se acercaba al final de la hoja: “Harto, hartó”. Franqueó las últimas letras y se deslizó por los bordes escalonados de las páginas restantes. Cayó de sentón sobre la franja visible de la pasta y dijo “¡ups!”. Se levantó y caminó a lo largo.

Pablo contenía la respiración, se alarmó tanto al ver que el hombre (cuya frase marmórea podía encontrarse en el tomo segundo) se acercaba al precipicio, que quiso cerrar el libro. Se arrepintió al escuchar de nuevo la voz.

—Maldita batalla de La Loma... Tengo que ¡largarme! de aquí.

El prócer tomó impulso... cerró los ojos... se detuvo.

—Pero... Nononó, dónde se ha visto.

Enérgico, dio media vuelta y comenzó a escalar las hojas de regreso. Resbaló un par de veces pero al fin consiguió llegar a la cuatro mil trescientos veintinueve para volver a su punto de partida. Iba manoteando, susurraba. Desenvainó para librar su camino de obstáculos, y cuando hubo alcanzado el “hecho” inicial volteó hacia arriba por última vez y dijo con un gesto elocuente:

—¿Dónde se ha visto a un prócer sin su caballo?

Sin esperar respuesta alguna desapareció detrás de la ce y Pablo aún alcanzó a escuchar: “Batallón de La

Loma, ¡firmes! Cabrones, creyeron que ahora sí no iba a regresar, ¿eh?”.

Pablo miró un buen rato las líneas derruidas en la enciclopedia. Cuando se decidió a cerrar el libro ya casi era de noche. Debía apurarse o podían dejarlo sin cenar.

La fiesta del sábado



Lo vio al despertar a medio camino en el tercer autobús de la vuelta. Nunca dormía sentado, pero los dos anteriores le habían quebrado el esqueleto y en el último tramo se dejó ir.

El hombre lo miraba con simpatía, como si estuviera considerando adoptar un perrito o palmear a un niño.

—Sabroso, ¿eh? Se ve que te echaste una siesta de esas que dan gusto.

Asintió con la cabeza, limpió ruidosamente su nariz con un poco de aire, se talló una lagaña.

—¿Ya de vuelta? —siguió el hombre.

Volvió a asentir. Miró por la ventana. En el reflejo del cristal vio que el hombre seguía sonriéndole. Se volvió hacia él. Era un hombre limpio. Quién sabe por qué, fue lo primero que se le ocurrió. Impecablemente rasurado, con la camisa abrochada hasta el penúltimo botón, debajo de ella se veía una cadena de oro que debía soportar un crucifijo.

—Luego se te ve que vienes de vuelta.

—¿Y eso? ¿Cómo?

—Se nota de lejos que vienes de terminar algo, no que vas para empezar algo, ¿qué no?

Listo el tipo, pensó. O era que se le notaban los años recientes en la cara.

—Algo así —respondió.

Miró otra vez hacia fuera, pensó en las diversas huidas que lo llevaban de un lugar a otro, que lo subían en un camión y en otro. Así había sido desde hacía mucho, tan así que ya se le confundían las razones por las que escapaba. Una mujer, una deuda, una deuda con una mujer, hombres con pinzas.

—Pero ya estás de vuelta en casita, casi pues.

Miraron por un par de kilómetros el asiento del frente, luego el hombre continuó:

—Nada como el lugar de donde uno es, ¿verdad? ¿Qué es lo que más extrañabas?

¿Qué? Por mucho tiempo, los primeros años, ni se lo había preguntado, estaba feliz de estar lejos. Muy apenas, muy últimamente, había empezado a oler platos y gente que le parecían incompletos porque venían de otro lugar, de acá, y de la nariz le subió el recuerdo. Y entonces sí le dieron ganas de regresar para averiguar si en verdad eran tan importantes las cosas y las personas detrás de lo que evocaba. Tal vez lo que más deseaba era que sus lugares lo reconocieran, las paredes, las esquinas. Pero respondió:

—La comida.

—Claro, cómo no, una buena barbacoquita, ¿verdad? Cualquiera se devuelve por eso.

—Huevo con salsa —dijo. En realidad no tenía ganas de conversar pero desde que había salido venía con antojo de unos huevos en salsa verde.

—Ah, también, cómo no, a mi jefa le quedan del uno, si vieras.

Volvieron a mirar al frente pero el hombre enlistaba por lo bajo algunos platillos: ...escamoles, barbacoa, carnita asada, cómo no.

Faltaba poco, diez minutos a lo más. Le costó reconocer la cercanía porque lo que antes era campo ahora estaba horadado por condominios, planchas de asfalto, centros comerciales.

—Y a todo esto, ni nos hemos presentado —dijo el otro, y luego dijo su nombre.

Después él dijo el suyo. No había acabado de decirlo cuando ya había cambiado la actitud del hombre: lo sintió en la mano que le tendía, súbitamente rígida, que retiró con rapidez.

—¿Suazo? —dijo, como estuviera repitiendo el nombre de una enfermedad.

Él no respondió.

—¿Suazo de cuáles?

Le dijo de cuáles.

El hombre puso las manos sobre los muslos y se los apretó como si de tanto hacerlo fuera a sacar de ahí cuchillos. No dejaba de mirarlo, le hundía los ojos con sus ojos.

—Hijos de su chingada madre, eso son los Suazo, unos hijos de la chingada. Todos.

En otra época ya estaría haciéndole tragar los dientes a madrazos. Ahora nomás estaba cansado. De muchas cosas, hasta de los nombres. Una vez más miró por la ventana.

Por el reflejo vio que el hombre miraba hacia el pasillo. No había más asientos libres.

—Tú vienes llegando, a lo mejor eres distinto, a lo mejor ni sabes. No quería ofender.

—¿Qué? —preguntó él.

—No sabes.

—No.

—Tu primo, el Gato, es tu primo, ¿no?

—Sí.

—Se chingó a mi hermana, el hijo de su puta madre, se la cogió a la mala.

Casi lloraba el hombre, apretaba los puños. El Gato. Hubiera querido asombrarse, pero recibió la noticia sin ninguna sorpresa. Sorpresa que le hubieran dicho el Gato se había vuelto gente. Solía andar todo el día en la calle, bisneando, cabuleando, viendo a ver qué se chingaba, qué revendía, a quién se cogía. Se le acercaba a las muchachas que pasaban frente a su casa y les decía chingaderas al oído. Le encantaba que se enojaran. Un día le dijo a él y a otros primos, todos seis, siete años menores que él:

—¿Quiéren ver cómo es coger?

Y todos los primos Sí, sí, sí, sí. Los llevó a su casa, los metió en un ropero, dejó la puerta entreabierto y dijo Aquí se están, no hagan ruido. Un rato después llegó

con una muchacha de la cuadra y se la empezó a coger, la acomodaba para que la vieran y al mismo tiempo él pudiera hacerles caras de triunfo: fruncía la boca en seña de ¿A poco no está buena?, alzaba un pulgar, arremetía con fuerza. Terminó, salió del cuarto con la muchacha y los primos se quedaron ahí, en silencio, hasta que él volvió como una hora después porque había tenido que ir a llevarla a su casa. Estaban aterrorizados pero en ese momento dijeron que sí, qué chingón. Luego no volvieron a mencionar el tema.

Llegaron a la Central. El hombre se puso de pie y le extendió otra vez la mano.

—Una disculpa. Y bueno, ya nos veremos el sábado.

—¿El sábado?

—Ah, sí, que no sabías nada. El sábado es la fiesta.

—¿Cuál fiesta?

—La boda. De tu primo y mi hermana. ¿Qué, pensaste que nomás iba a chingarla y lo íbamos a dejar irse así como si nada? No.

El hombre movió arriba y abajo varias veces la cabeza, como apoyando lo que acababa de decir. Luego dijo:

—Que comas rico.

Y se bajó del camión.

Por la puerta abierta entró una corriente de aire. El olor del terruño.



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Dr. Leonardo Lomelí Vanegas

RECTOR

Dra. Patricia Dolores Dávila Aranda

SECRETARIA GENERAL

Mtro. Hugo Concha Cantú

ABOGADO GENERAL

Mtro. Tomás Humberto Rubio Pérez

SECRETARIO ADMINISTRATIVO

Dra. Diana Tamara Martínez Ruíz

SECRETARIA DE DESARROLLO INSTITUCIONAL

Lic. Raúl Arcenio Aguilar Tamayo

SECRETARIO DE PREVENCIÓN Y SEGURIDAD UNIVERSITARIA

Mtro. Néstor Martínez Cristo

DIRECTOR GENERAL DE COMUNICACIÓN SOCIAL



**ESCUELA NACIONAL
COLEGIO DE CIENCIAS Y HUMANIDADES**

Dr. Benjamín Barajas Sánchez

DIRECTOR GENERAL

Lic. Mayra Monsalvo Carmona

SECRETARIA GENERAL

Lic. Rocío Carrillo Camargo

SECRETARIA ADMINISTRATIVA

Lic. María Elena Juárez Sánchez

SECRETARIA ACADÉMICA

QBP. Taurino Marroquín Cristóbal

SECRETARIO DE SERVICIOS DE APOYO AL APRENDIZAJE

Mtra. Dulce María Santillán Reyes

SECRETARIA DE PLANEACIÓN

Mtro. José Alfredo Núñez Toledo

SECRETARIO ESTUDIANTIL

Mtra. Araceli Mejía Olguín

SECRETARIA DE PROGRAMAS INSTITUCIONALES

Lic. Héctor Baca Espinoza

SECRETARIO DE COMUNICACIÓN INSTITUCIONAL

Ing. Armando Rodríguez Arguijo

SECRETARIO DE INFORMÁTICA

DEPARTAMENTO EDITORIAL

Dirección editorial: Héctor Baca Espinoza

Revisión editorial: Marcos Daniel Aguilar Ojeda y Omar Nieto

Coordinación editorial: Mario Medrano González

Diseño y formación: Xanat Morales Gutiérrez

Talud

se terminó de imprimir en enero de 2024 en los talleres de la Imprenta del Colegio de Ciencias y Humanidades, Monrovia N. 1,002 colonia Portales Sur, C.P. 03300, Alcaldía Benito Juárez, CDMX. La edición consta de 500 ejemplares con impresión offset sobre papel bond ahuesado de 90 grs. para los interiores y cartulina sulfatada de 12 pts. para los forros.

En su composición se utilizó la familia tipográfica Espinosa Nova. El diseño y formación estuvo a cargo de Xanat Morales Gutiérrez. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Mario Medrano González y Omar Nieto.

